Num. 27 DOMINGO 6 DE OCTUBRE DE 1839. 6 ctos.

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la calle del Príncipe, número 13 cuarto entresuelo.

La Esperanza,

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente de las covachuelas, en la estamp. de Valle, calle de Carretas.

PERIODICO LITERARIO.

Arquitectura gotica.

Cuando nuestros ilustres antecesores (los godos) volvieron de sus guerreras espediciones, y glorias obtenidas en la Palestina, nos trajeron no solo las relacione prolijas de sus hechos de armas, sino tambien el gusto, costumbres, é ideas del pais que habian ocupado. De aqui data la fecha de la introducion en España del gusto godo-germánico en los edificios, designado vulgarmente con el nombre de arquitectura gótica.

No nos detendremos ahora en hacer una apología de ella, pues ademas de no permitirlo la estrechez de nuestro periódico, es asunto árido para los no inteligentes en este género de arquitectura, que al paso que llevan los edificios construidos bajo aquel gusto, dentro de 20 años habran desaparecido completamente, cuando por una de las anomalias tan comunes en nuestra nacion, no hay confiteria, botica, zapateria ni tienda puesta de nuevo, que no quieran sus dueños adornarla goticamente.

Es cierto que la arquitectura gótica en algunos edificios está sobremanera recargada de adornos, pero tambien lo es que no hay edificio alguno de este género en el que no se admire la fecundidad de aquellos hombres que supieron inventar tantos y tantos adornos, y que sin embargo todos están en el mismo caracter, y creados precisamente para el lugar que ocupan. Los estrangeros, y especialmente los franceses, tan apreciadores de nuestras bellezas artísticas, y tan envidiosos de nuestras glorias, acaban de publicar en Paris una coleccion que con el título de *Cartera Española*, dan una vista de cada edificio español, y ponen en primer lugar nuestras catedrales de Toledo, Salamanca, Oviedo, Leon, &c.

La construccion de los edificios góticos es de lo mas valiente y mejor entendido que puede imaginarse. Las bóvedas por arista, tan comunes en casi todos los edificios de este género, estan construidas con un tino é inteligencia difíciles de imitar, y la contraposicion de las luces estudiadas de una manera, que es imposible entrar en una de nuestras antiguas catedrales sin sentirse sobrecogido por un profundo respeto y veneracion, al contemplar obras tan colosales.

La mayor parte de los edificios góticos que se conservan, adolecen del defecto de tener mal repartidas las habitacio-

nes, capillas, &c.; pero como desde el tiempo de su construccion han ido recibiendo reformas consecutivas, han desaparecido casi todas las partes accesorias de esta clase de edificios. La catedral de Toledo, por egemplo, ha sufrido horribles mutilaciones, y en uno de sus costados se ve al lado de una puerta gótica, otra greco-romana, construida posteriormente por uno de sus arzobispos.

San Juan de los Reyes de Toledo es uno de los edificios de este género mas dignos de atencion, y da lastima entrar en sus derruidos claustros y ver las preciosas ventanas casi desechas, y tiradas por el suelo las magníficas estatuas que adornaban las enjutas de los arcos; que si no estan hechas con la correccion de dibujo y belleza de las estatuas del Capitolio, al menos caracterizan perfectamente la época en que se construyeron, y el gusto del tiempo en que fueron colocadas. Entonces al menos los españoles si no estaban tan ilustrados como ahora, tenian ideas propias, y no se curaban de imitar á los estrangeros. A la arquitectura no se la consideraba como un arte mecánico, en la que nada se puede variar, sino como una ciencia en la que la imaginacion libre en sus creaciones dejaba al artista un vasto campo para que escribiese un libro en el que en páginas de piedra leyese la posteridad las sublimes inspiraciones de su genio.

J. M. Velarde.

A UNA COQUETA.

Muger, prenda inapreciable
la gloria del ser eterno
te conviertes en infierno
cuando te vuelves mudable.
Destrozas el corazon
del hombre sencillo amante,
tu caracter inconstante
no puede alcanzar perdon.
Si como la Eva inocente
naciste para el amor,
¿por que truecas en dolor
el placer que el alma siente?
En tu sonrisa falaz
en tu pecho tan malvado,
el placer al hombre es dado
cual relampago fugaz.
Sin limites es tu orgullo,
es tu ambicion sin medida
sedienta pasas la vida,
te marchitas cual capullo.
Solo gozas placentera
cuando te ves rodeada
de multitud desalada
que atormentas sierpe fiera.
Mas tambien llegará un dia
en que horrorosos dolores,
sientas al ver los amores
del que sufrió tu falsia.
Entonces querrás amar
y todos huiran de tí,
triste maldeciras, si,
tu antiguo afan de agradar;
Al ver los tiernos hijuelos
de dos amantes dichosos
que á sus padres amorosos
prodigan tiernos desvelos.
No, infeliz! gozar podras
de ese placer sin segundo,
conocerate ya el mundo
y te odiarán á cual mas.
Cuando tu vida sucumba,
sin que una lagrima vierta
nadie al mirarte ya yerta,
descenderas á la tumba.

S. de C.

UN BAILE DE CANDIL.

(*Conclusion.*)

Desde el principio del rigodon habia yo notado cierto olor á buñuelos ó aceite á medio freir que no podia comprender su origen. ¿Estarán acaso disponiendo en la cocina las sopas de gato, ó quizas alguna de estas madamas habrá cenado ya y conserva aun el olorcillo? Estas y otras reflexiones análogas hacia yo cuando un suceso inesperado me dió á conocer la causa de aquel efecto: rompióse el único tubo que existia en los tres quinqués de la araña, y llamando á todos la atencion pude notar las continuas y uniformes gotas de aceite que por razon del centro de gravedad se detenian en los ladrillos, escepto cuando encontraban al desprenderse alguna cabeza ó vestido: eché una ojeada sobre el mio, y le vi cubierto, con harto sentimiento del denso líquido, cuyo olor me recordaba poco antes los buñuelos. Terminóse por fin el rigodon, y el dueño de la casa avisado del suceso, se presentó en la sala con una escalera de tigera y una rodilla; dió toda la estension á la primera, y en un decir Jesus empezó la maniobra de arreglar el alumbrado; pero convencido de que para curar aquel miembro enfermo era preciso separarlo del cuerpo de la araña, creyó lo mas conveniente apagar el quinqué, y lo hizo llenando la sala del tufo de la pavesa. Todo el mundo tosia y se quejaba de cierta carraspera impertinente, la cual creyó remediar la esposa del atizador mandando á un sobrino suyo que trajese á la sala el botijo que estaba en el recibimiento, y con la ayuda de un vaso de vidrio medio roto, desapareció el quinqué de la sala, regandola para aplacar el polvo y estender el aceite. Restablecida la tranquilidad brilló de nuevo la alegria en los semblantes de los circunstantes. Una voz pronunció la palabra *seguidillas*, á cuyo anuncio vimos colocarse con la rapidez del rayo mas parejas de las que realmente podian bailar con comodidad. Afinaronse las duras castañuelas, prepararonse las guitarras, mediaron algunas frases entre los bailarines y comenzó el jaleo.

Fuerza es confesar, en obsequio de la verdad, que los bailes propios del pueblo español abundan en cierta gracia natural y cierto desgarro que constituye todo su mérito. Estabamos realmente fuera de nuestro centro en semejante sociedad, y á pesar de todo, aquellos talles tan gentiles, aquellos movimientos, aquel rico y elegante calzado, aquellas ordenadas galgas, ceñidas a piernas tan esbeltas, ora ocultas, ora descubiertas, merced al flujo y reflujo del lascivo zagalejo, nos encantaba y ponia cien candados en la boca, si por casualidad intentabamos someter algo á nuestra crítica.

Como tratasen de bailar jota aragonesa, terminadas que fueron las seguidillas, propuse yo á mis compañeros una honrosa retirada, y votada por unanimidad, nos despedimos de los dueños de la casa, quienes á duo nos dijeron en alta vòz y en medio de la sala: *Caballeros, ya saben Vds. esta choza, pueden favorecernos cuando gusten.*

UN CUAKERO.

En Inglaterra, en este pueblo cuya fisonomia es tan decidida y original, formaban los ladrones antiguamente una clase distinta, en la que mucho mas que en las otras, resaltaba el color del caracter nacional. Esta profesion estaba sometida á ciertas leyes y usos, respetadas, tanto por los mismos ladrones, como por los honrados habitantes de la Gran Bretaña. Cuando un ladron se apoderaba de una suma de algun valor ó de cualquier objeto de algun mérito, limitaba su codicia, no exigiendo del robado ninguna otra cosa mas, aun cuando éste llevase mas dinero ó alhajas que la que habia robado; teniendo escrupulo en despojar enteramente su víctima, sin que haya habido ejemplo de que por robar, matasen ni aun hiriesen á persona alguna.

Verdad es que por un acuerdo tácito, si el agresor moderaba su violencia, los atacados guardaban en su resistencia un miramiento en estremo prudente. Por esta razon, cuando cualquiera se disponia para un viaje, tenia buen cuidado de proveerse de lo que se llamaba, *bolsa ó relo de ladron*, y con este impuesto que pagaba, en caso de necesidad, estaba libre para poder continuar su camino tranquilamente. Por otra parte, la autoridad, bien fuese debilidad ó incuria, usaba de una tolerancia hácia estos honrados bandidos, que sin ocultarse ejercian libremente su moderada rapiña, teniendo solo la precaucion de cubrirse el rostro con una máscara para evitar el ser conocido, porque entre estos habia trabajadores, artesanos y alguna gente bien reputada en la comarca. La franqueza de los ladrones disminuia el temor y los robos se verificaban con el mayor orden y sin darles la importancia que realmente merecian.

En la época de la revolucion francesa fue cuando empezó á perderse esta antigua costumbre; no porque los principios de aquella ejerciesen alguna influencia en esta parte de las costumbres inglesas, sino porque gran número de emigrados franceses en Londres, se acomodaban muy mal con una resignacion que dejaba á los ladrones cobrar un tributo forzoso en toda la poblacion; poco habituados á este género de paciencia, hicieron varias resistencias, desconcertando á los agresores, quienes perseguidos, empezaron á hacer uso de las armas, originándose de aqui diferentes desgracias, que hicieron cambiar el caracter y naturaleza de los robos, traspasando las formas tácitamente convenidas.

Algunos isleños continuaron, sin embargo, ejecutando sus rapiñas segun el antiguo método. Los cuakeros, á quienes su religion les inspira horror el verter sangre humana, aun por su propia defensa; dotados ademas de un caracter amable, humilde y tímido, caminaban siempre sin armas, sin cuidarse de la maldad y de la venganza de los demas hombres, siendo por esta razon los que mas eran asaltados en los caminos.

El mas honrado entre todos los de su secta era Toby Som, avecindado en Londres en compañia de su hija jóven de 17 años. Maria era bella y virtuosa y todos los jóvenes de la vecindad la rendian homenaje, aspirando con orgullo á la posesion de su mano. Todos los esfuerzos eran infructuosos porque María no era coqueta, y en lugar de halagar su amor propio, la molestaban tantas atenciones

Uno solo esceptuaba de aquel tropel de adoradores. Eduardo Walhs, cuya deferencia la lisonjeaba, y María respondia á ella con la amabilidad y ternura de un alma candorosa, cuando ama con efusion.

La muerte de la madre de María habia sido causa de que esta conociera á Eduardo, pues queriendo Toby poseer el retrato de la muger que habia perdido, mandó llamar un pintor para que la retratase, á las pocas horas de haber fallecido. Este pintor era Eduardo, quien se prendó de María en medio de las lágrimas y el sentimiento que reinaba en la casa, cuando se presentó en ella por la vez primera. El año que habia trascurrido desde este acontecimiento habia estrechado un amor nacido en una situacion tan desagradable, y Eduardo habia ya manifestado á Toby sus rectas intenciones respecto de su hija. Este no tenia razon alguna para oponerse á la mútua inclinacion de los jóvenes, pues aunque Eduardo no era rico, ganaba con sus pinceles lo suficiente para mantener con decencia una familia, y en cuanto á sus cualidades, estaba bien persuadido de su honradez y buen corazon. El padre de Eduardo antiguo comerciante de la *Cité*, se habia retirado del comercio, poseyendo una fortuna mas que regular, admirando á cuantos le conocian por la rapidez y sigilo con que habia formado un buen capital. John Walhs, que asi se llamaba, y cuyo caracter era brusco y feroz, vivia retirado en un arrabal de Londres sin cuidarse de lo que hacia su hijo, dejándole en plena libertad. Este hombre era uno de esos cómodos egoistas que no molestan á nadie, por no molestarse ellos mismos, y de una complacencia perfecta con tal que nada se le pidiese.

Eduardo tenia la seguridad de que su padre no se mezclaria en sus amores ni en su casamiento. La situacion de la amorosa pareja era, como se ve, la mas satisfactoria para todos, y el honrado Toby solo esperaba para fijar el dia de la boda hacer la cobranza de sus rentas, cuyo importe estaba destinado á los gastos estraordinarios de la ceremonia y demas que en tales casos son necesarios. Con el objeto de hacer la recaudacion se dirigió á un pueblo distante algunas millas de Londres, y cuando regresaba á su casa, terminado el objeto de su viaje, distinguió á alguna distancia un hombre parado en medio del camino. Su primera intencion fue detenerse para volverse atras, pero mientras estubo vacilando que partido tomaria, el hombre se aproximó tanto, que no le dió lugar á huir, y convencido de la imposibilidad de retroceder, siguió al paso su camino. Al acercarse el desconocido vió que estaba enmascarado y que le apuntaba con una pistola montada, pidiéndole la bolsa. El cuakero no era cobarde, pero calmoso por caracter, ó inofensivo por religion, no podia hacer resistencia á un hombre armado, y con la mayor serenidad y sangre fria sacó de su faltriquera un bolso con diez guineas. El ladron tomó el bolso, y despues de ver el dinero que contenia dejó marchar á Toby, quien creyéndose ya libre, puso su caballo al trote. Animado el ladron por la facilidad y condescendencia del robado, picó tambien á su caballo y alcanzó de nuevo al honrado cuakero, repitiendo segunda vez la escena de la pistola y gritando:

—Dadme vuestro reló.

El cuakero aunque sorprendido no hizo ningun movimiento; sacó tranquilamente el reló de su bolsillo, miró la hora que marcaba, y se lo entregó al ladron, diciéndole:

—Ahora, os suplico que no me detengais mas porque mi hija estará impaciente al ver mi tardanza.

—Esperad, dijo el enmascarado, cada vez mas animado por la docilidad de Toby, jurad que no llevais mas dinero.....

—Yo no juro jamas; replicó el cuakero,

—Pues bien, dadme vuestra palabra, y á fé de ladron honrado, incapaz de hacer violencia á un hombre tan sumiso como vos, os prometo dejaros continuar vuestro camino.

Toby reflexionó un momento, y sacudiendo la cabeza, dijo gravemente, seas quien fuere, has conocido que soy cuakero, y que no puedo faltar á la verdad, aunque en ello me fuese la vida. En la silla de mi caballo llevo ocultas doscientas libras esterlinas.

—¡Doscientas libras esterlinas! esclamó el ladron, cuyos ojos centelleaban al través de la máscara.

—Pero te creo demasiado bondadoso y humano, repuso Toby, y me dejarás esta suma; voy á establecer á mi hija, y este dinero lo necesito precisamente. La pobre muchacha ama tanto á su futuro, que seria una crueldad retardar su enlace. Te creo dotado de un corazon sensible, que alguna vez habrá amado, y no permitirá que cometas una accion reprehensible.

—¡Qué me importa tu hija, su amante, ni su casamiento! Menos palabras y mas obras. Ese dinero que llevas oculto lo necesito al instante.

Toby dió un profundo suspiro, y levantando la mantilla del caballo sacó un talego de dinero y lo puso en poder del enmascarado. Hecho esto se dispuso á marchar al galope.

—Un momento, querido cuakero, dijo el ladron cogiendo el caballo de Toby por la brida, regularmente la primera diligencia que harás en llegando á Londres será denunciarme á la justicia; estás en tu derecho y no puedo oponerme; pero al menos proporcioname el modo de llevar alguna delantera á mis perseguidores en toda esta noche. Mi caballo ademas de ser muy endeble está cansado, mientras que el tuyo, si no me engaño, tiene todas las trazas de ser vigoroso; echa pie á tierra y cambiaremos, si te parece.

Ya era demasiado tarde para empezar á resistirse, á pesar de que tantas exigencias hubieran irritado la bilis del hombre mas calmoso del género humano. El paciente Toby se apeó de su caballo y montó resignado en el matalon de su descontentadizo antagonista, limitandose solo con reflexionar, que, si él lo hubiera sabido, desde la primera vez, habria salido al escape, sin temor de que le alcanzase el ladron con la caballeria que montaba.

Mientras que Toby reflexionaba de este modo, el ladron le saludó irónicamente, espoleó su caballo y desapareció.

Luego que Toby se vió solo emprendió su marcha para Londres pensando en su desgracia, y en el sentimiento que iba á causar á los jóvenes que no esperaban mas que su regreso para verificar el ansiado enlace. Imposible, decia para sí, ningun medio me queda para recuperar mi dinero; si al menos hubiera yo conocido al ladron... Sin embargo... Qué idea... Estoy resuelto. Sí, esclamó, conseguiré mi objeto... Si ese hombre vive en Londres le encontraré... ¡Ah! el cielo ha permitido que su mismo exceso de imprudencia le fuese perjudicial.

Animado, no se con qué esperanza, Toby entró en su casa sin manifestar sentimiento alguno y sin revelar nada acerca de su aventura; abrazó á su hija, que na-

da receló, y se entregó al sueño confiado en Dios.

Al dia siguiente constante en el proyecto que habia concebido, sacó el caballo de la cuadra, le puso la brida sobre el cuello y le dejó en libertad para que tomase la direccion que quisiera; creyendo que el animal conoceria la casa de su dueño. Mucho tiempo anduvo errante sin tener una direccion fija, entrando y saliendo por una misma calle dos ó tres veces y deteniéndose algunos momentos para emprender de nuevo su marcha. Viendo Toby, que le habia supuesto al animal mas instinto del que realmente tenia, empezó á desconfiar del éxito de su idea, convenciéndose de que el ladron no habitaba en Londres.

Sintiendo estaba el no haber dado parte á la justicia de su aventura, para que hiciesen diligencias buscando al ladron, cuando los gritos de unos muchachos atropellados por el caballo que seguia, llamaron su atencion. El animal tan pacífico hasta entonces, habia tomado un trote tan ligero que casi era imposible darle alcance....

Detened ese caballo, detenedle, gritaban de todas partes.

—Dejadle seguir, gritaba el cuakero, en nombre del cielo; no lo detengais.

Y siguiendo al animal con la vista, en la mayor ansiedad, le vió entrar atropelladamente en una casa del arrabal.

—Ya le encontré! dijo el cuakero levantando al cielo sus ojos para darle gracias.

Efectivamente, al pasar por la puerta de la casa vió á un criado que acariciaba al caballo, conduciéndole en seguida á la caballeriza.

Entonces preguntó al primero que pasó por su lado el nombre del dueño de aquella casa.

—Como, le respondieron, pues que no sabeis que pertenece al rico comerciante Walhs?

El cuakero se quedó petrificado.

—Walhs, repitió el preguntado creyendo que no le habian entendido, ese hombre cuya rápida fortuna tiene admirado á cuantos le conocen.

—Gracias, amigo mio, gracias respondió Toby, sin volver de su estupor.

Walhs, el padre de Eduardo, un hombre tan considerado ha sido quien me ha robado! Muchos ejemplos se presentaron á su imaginacion, de personas bien reputadas, que á pesar de su posicion estaban alistadas en cuadrillas de bandidos; y unido esto á lo proverbial que era en Londres la rapidez con que habia hecho su caudal, se decidió á aclarar aquel misterio.

Luego que hubo entrado en el patio de la casa solicitó hablar al dueño de ella, y se aumentaron sus sospechas cuando le dijeron que aun no se habia levantado, á pesar de ser mas de la una del dia; deduciendo de aqui, que estaria descansando de la mala noche que habia pasado. El cuakero insistió en ser introducido y á los pocos minutos se presentó en la habitacion de Walhs, que acababa de despertar, preguntando con tono brusco:

—¿Quién sois, y que buscais aqui?

El acento de su voz acabó de confirmar las sospechas del cuakero, y aproximándose tranquilamente una silla se sentó cerca de la cama sin quitarse el sombrero.

—No os descubris? le preguntó el comerciante sorprendido.

—Soy cuakero, le contestó este con mucha calma, y ya sabes nuestra costumbre.

Al oir esto Walhs se incorporó fijando

la vista en Toby, á quien sin duda conoció, á juzgar por la palidez que cubrió su rostro.

—¿Pero cuál es el motivo que os conduce aqui? preguntó Walhs balbuciente.

(*Se concluirá.*)

CRONICA.

LICEO ARTISTICO Y LITERARIO. La sesion verificada el jueves último fue mas amena de lo que debia esperarse. Los señores duque de Rivas, D. Patricio de la Escosura, D. Ventura Vega, Elipe, Cueto y otros individuos de la seccion de literatura se brindaron á componer sonetos con pies forzados y asuntos dados por las diferentes señoras que asistieron á esta sesion. A continuacion copiamos algunos de los sonetos improvisados.

A LAS HERMOSAS

DEL LICEO

por

D. Ventura de la Vega.

SONETO.

O sexo encantador, sexo *brillante*
Llamado el bello por feliz *apodo*,
Por quien tanto varon se muerde un *codo*
Sin poder ser amado siendo am *ante*.
El mismo que gastaba ferreo *guante*
Allá en los tiempos del imperio *godo*
A una mirada vuestra era un *beodo*
Y lloraba de amor cual tierno *infante*.
Yo de mi amada adoraré un *zapato*
Que contra vuestros tiros no hay *rodela*
Ni vanidad que baste ni *boato*,
Y mi flaqueza en fin, aqui os re *vela*
Que aunque á veces me deis por liebre *gato*
Mas fino me tendreis que una *vitela*

A LAS SESIONES

DEL LICEO.

por

D. Leopoldo Cueto.

Reunion ilustre, sociedad *brillante*
Que merece de esplendida el *apodo*,
Do orlan las bellas el eburneo *codo*
Con tersa cabritilla y no con *ante*.
Cuando os quitais el importuno *guante*
Recuerdo que nací de origen *godo*,
Y de entusiasmo y de placer *beodo*
No me trocara yo por un *infante*.
Por ver de estas bellezas un *zapato*,
De Villamil un heroe sin *rodela*,
Y de esta sala el femenino *boato*,
Pasara con placer la noche en *vela*
Como un galan y enamorado *gato*
A riesgo de quedarme cual *vitela*.

UNA CORRIDA DE TOROS

por

D. Francisco G. Elipe.

Corrida fue por brava muy *brillante*
Aquella en que el Barbero, por *apodo*,
Midiendo el suelo fracturóse un *codo*
En frente al picador forrado de *ante*.
Á Hormigo entonces se le salió el *guante*
Mas bien por miedo que valor de *godo*
Aunque hay quien dice estaba muy *beodo*
Por los faustos sucesos del *infante*.
Entonces me acordé de aquel *zapato*
Que engauchado del toro en la *rodela*
A Pepillo quitó vida y *boato*,
Todo el mundo á su entierro llevó *vela*
Pues que en él no faltó perro ni *gato*:
Asi la historia lo escribió en *vitela*.

Imprenta de la Compañía Tipográfica.